

ser el alma sumamente espiritual, pues sin ello lo será cualquiera que ame, y sirva á Dios muchísimo: con que aquello que no es precisamente necesario en la vida del espíritu, es superfluo, y aun tal vez temeridad pretenderlo.

12. Lo segundo, que esto se conoce en que el Hijo eterno de Dios en el mundo nunca anduvo estático, ni arrobado, ni absorto; y si esto fuese necesario para la perfección, ya que no siempre, por lo menos muchas veces se habría arrobado el Redentor de las almas.

De la Virgen se saben sus soberanas virtudes, su humildad, su santidad; pero no hay evangelista que refiera sus raptos, sus éstasis, sus arrobos.

A san Pedro, y á san Pablo dos veces los vemos estáticos, y arrobados; pero infinitas los vemos castigados, azotados, afrentados, perseguidos, atribulados, y presos.

Lo mismo se ha de decir de los demás Apóstoles, y santos, que á cada paso los vemos ejercitando virtudes, y raras veces recibiendo estos favores; y bien se ve, que estos fueron los mayores santos.

13. Lo tercero que de aquí resulta es, que para ser santa, y santísima una alma, el verdadero camino es la oración, la devoción, las virtudes de su estado, y profesión, y el ejercitarse en ellas, y el padecer trabajos con paciencia, y humildad, y en esto imitar mas al Señor, que en los arrobos; y así aquello habemos de desear, y procurar para salvarnos, que se acerca mas á su santísima imitación.

14. Lo cuarto, que lo que nos toca á nosotros, no es lo que hace Dios en nosotros, sino lo que nosotros habemos de hacer con Dios; y en lo que hemos de trabajar, y sudar, es en el elegir, proponer, disponer, y ordenar medios proporcionados, y santos para servirle, agradarle, y tenerle con nosotros, y en nosotros: y esto no es el camino de los éstasis, los raptos, y los arrobos; porque no está en nuestra mano, sino el guardar sus Mandamientos, y consejos, y el tener las conciencias limpias, puras, desasidas de todo afecto desordenado, y ejercitarse en la oración, y mortificación, y todo lo demás dejarlo á su voluntad. Mire yo bien aquello que hago con Dios, que Dios hará lo que gustare de mí, y en mí.

Y así es menester quitar, no solo del corazón del espiritual, sino de la imaginación, el deseo de que haga Dios cosas grandes deste género en el alma, ni pensar que en ella hay cosa que pueda inclinar á Dios á que haga exaltaciones sobre ella; porque pensar el alma, que se halla en disposición, que Dios haga en ella grandes cosas, ya es muy soberbio pensar, y está muy cerquita de caer, si ya no está caída, con tal pensar.

15. Lo quinto, que por eso el rey David le decia á Dios: *Señor, si yo he pensado de mis cosas maravillosas, y grandes; y si no pensaba humildemente de mí, no me deis retribucion.* (Sal. 130, v. 2.) Como si dijera: ¿Qué hay en mí, Señor, sino culpas? Y sobre este fundamento, ¿qué podreis edificar sobre mí, sino castigos? Este modo de pensar de David han de tener las almas de sí, si quieren por buenos medios, y fines tener á Dios consigo siempre, y en sí.

16. Lo sexto, que de aquí resulta, que si yo hubiera de explicar estos

favores al modo perfecto de obrar, y agradar á Dios las almas, y no á las interioridades, y secretos soberanos que no entiendo, yo lo explicaria desta suerte con mi rústico modo de percibir, y entender, al fin como un grosero, y relajado pastor: y desta suerte querria que obrase mi alma, y las que están á mi cargo.

17. (*Qué sea oracion sobrenatural en el sentido práctico*). Lo primero, que sea oracion sobrenatural. Dijera yo que esa es; ó por lo menos seria tener frecuentemente la natural, y con profunda humildad muchas veces al dia ponerse en la presencia divina, todo el dia andar en su divina presencia; y dando el tiempo determinado á la oracion, salir el alma á obrar con cuidado, diligencia, y perfección; y hecho esto, deje que obre Dios en ella, venga, ó no venga la oracion sobrenatural; teniendo, y ejercitando con fervor la natural.

18. (*Oracion de quietud*). De la oracion de quietud, dijera yo, que procure, y pida á Dios saque de su alma los deseos de lo criado; que son la misma inquietud: y solo ponga deseos de Criador. Y para esto procure no salir á desear, á pedir, á procurar, ni á querer más de aquello que es muy preciso á su estado, y profesion: y guárdese de llenar el alma de propiedades, y deseos, ya sean grandes, ya pequeños, ya naturales, ya morales, ya místicos; porque si son deseos con propiedad, ni para sí, ni para otros serán buenos, sino vaya cada dia vaciando su alma cuanto pudiere de todo lo que no es Dios, por Dios, y para Dios. Y aquello que no pudiere quitar, pida á Dios que se le quite; y verá que con eso tendrá oracion santísima de quietud: y no solo en la oracion, sino afuera en la accion, y en todas partes vivirá con alegría, y quietud; porque los deseos son las espinas, y los cardos, é inquietud del corazón, y el carecer de deseos es la quietud, alegría, y gozo del corazón.

19. (*Sueño de potencias*). Del sueño de las potencias dijera, que procure tenerlas dormidas á esto transitorio, y temporal; y despiertas á lo eterno, conociendo que es sueño breve esta vida; que te despierta del con la muerte á eterna vida, ó condenacion: y que atienda el espiritual, que si vive despierto, y amando á lo temporal, morirá para padecer eternamente en lo eterno. Y al revés, si vive dormido á lo temporal, y despierto á lo eterno, y celestial, asegura lo celestial, y lo eterno. Porque allá nos juzga Dios como vivimos acá. ¿Viviste muy dormido á mi servicio? Pues yo te despertaré con el eterno castigo. ¿Viviste muy dormido á ofenderme, y muy despierto al servirme? Yo te coronaré con eterno premio. Y así las potencias, el entendimiento, la memoria, y la voluntad anden dormidas al mundo, y muy despiertas á Dios; y este es sueño excelente de potencias.

20. (*Unión de voluntad*). La union de la voluntad del alma con Dios, dijera yo, que será en todo el hacer su voluntad, y desear, y procurar no apartarse un punto de su santa voluntad. Y si por nuestra flaqueza, advertida, ó inadvertidamente, nos desviáremos de aquella divina regla; confesarnos, y recibir al Señor, y humillarnos, hacer penitencia, llorar, y pedir á Dios piedad, y procurar que nos vuelva á su camino, y huir como del fuego de todas aquellas ocasiones, que me echaron del camino: y en lo poco, y en lo mucho procurar constantemente el no salir jamás de su voluntad, y navegar en esta vida por ella, y en ella, como navega

en su navío el navegante; que no se atreve á sacar del navío el cuerpo, ni aun el pié: porque conoce, que al instante se ha de ahogar, si saliere del navío. Así nosotros hemos de ir navegando desde el destierro á la patria en la voluntad de Dios, sin sacar, ni dejar salir nuestra voluntad de su santa voluntad: suponiendo, que en saliendo della en lo leve, levemente nos perderemos; y si saliéremos en lo grave, para siempre nos ahogamos: y esta es famosa union de la voluntad con Dios, de Dios con la voluntad.

21. (*Unió de potencias*). La union de las potencias, diria yo, que es no querer, ni pensar, ni buscar, ni desear el alma, sino aquello que Dios quiere, con todos sus sentidos, facultades, y potencias. Y pues son tres mis potencias, memoria, entendimiento, y voluntad, y una esencia, esto es, un alma; y son tres personas de la santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, y una esencia, esto es, un Dios, le dé el alma á su divina Majestad sus tres potencias; y que el entendimiento no discurra, sino en lo que quiere el Padre; y la memoria no piense, sino en lo que quiere el Hijo; y la voluntad no ame, sino lo que quiere que ame el Espíritu Santo; y que así anden unidas las potencias con las obras, y deseos, palabras, y pensamientos: y todo esto con la presencia, y la voluntad de Dios; y esta es muy buena union de las tres potencias.

22. (*Si ama mas la voluntad de lo que entiende el entendimiento*). En cuanto á amar mas la voluntad de aquello que entiende el entendimiento, no se meta el ánima en averiguarlo en esta vida: déjelo para la eterna, sino navegue dentro de su navío de la voluntad de Dios, amando, sirviendo, agradando, y adorando á Dios; y no cese de adorar, de servir, de amar á Dios; y sirva su entendimiento á su amor; y su amor se deje abrasar del amor divino, y allí arda su entendimiento, su memoria, y voluntad: y del amar salga luego al servir; y del servir, volverse luego al amar; y por decirlo mejor, sirva sin dejar de amar, y ame sin dejar de servir: y luego lo demás déjesele todo á Dios, y aguárdele á verlo, cuando veamos á Dios, suplicándole, que el entender se lo dé á santa Teresa, ó á otros santos, á quien sea servido de ilustrar desta manera, para altos fines de mejorar á su Iglesia, y á nosotros nos dé en esta vida el amarlo, y el servirlo, y en la otra el entenderlo, y gozarlo.

23. (*De la suspension, y arrobamiento*). En cuanto á la suspension, y arrobamiento, yo dijera, que es excelente suspension procurar suspender todo lo malo para no hacerlo jamás; y hacer muy prontamente lo bueno, para estarlo siempre haciendo. Y en cuanto al arrobamiento, si es forzoso arrobamiento, es muy bueno no pretenderlo, ni desearlo jamás, como enseña en tantas partes la Santa. Y si Dios le mortifica con este género de trabajos, tenerlo por grandísimo trabajo; y pedirle á Dios, que le dé los arrobos en el cielo, y las penas, y los méritos, y la paciencia, y la gracia en la tierra: y estos arrobos que nos los dé por arrobos su infinita piedad, y misericordia, y los otros, ni por onzas. Y si otra cosa le dieren de arrobos, que se humille: y este humillarse, y confundirse, y tener todo esto por peligroso, y apartarse todo lo posible dello, es seguro arrobamiento.

24. (*Del arrebatamiento, ó raptó*). En la diferencia del arrobamiento al arrebatamiento, que quiere decir la Santa raptó, y lo explica mara-

villosamente, como todo lo demás; yo en mi lengua rústica, como grosero pastor, que no entiendo, diria, que es raptó utilísimo en el alma, el dejarse arrebatado de los deseos del cielo, y del amor divino, y de aquello que ha de durar para siempre, y de una gloria que nunca se ha de acabar, y de la ansia de agradar, de amar, y servir á Dios: y que de tal manera se arrebate desto, que aunque tiren el demonio, mundo, y carne para sí, y contra esto, ella esté firme en su raptó, en su amor, y en su deseo de morir, antes que ofender á Dios; y de no amar cosa que no sea Dios, ó por Dios; de no tener en su alma otro amor, sino el de Dios; y este es excelente raptó, y arrebatamiento.

25. (*Del vuelo del espíritu*). En cuanto al vuelo del espíritu, diria yo, que es el vuelo del espíritu volar con el espíritu á Dios, y esto siempre con un eficaz deseo de agradarle, y de servirle, y no amar cosa terrena, sino andar sobre la tierra con el deseo volando á Dios, sin parar; y dejándola á ella, y despreciándola á ella, y cuante hay humano, terreno, corruptible, y temporal en ella, solo por buscar á Dios.

26. Y de la manera que los vencejos, cuando vuelan, y se quieren sustentar, y comer, no se paran en la tierra; porque como tienen las alas grandes, y los piés muy pequeños, si paráran, no se podrían después levantar, ni volar; así el alma no ha de tocar, ni tomar de la tierra con el deseo cosa alguna de tierra, sino lo menos que puede ser; y todo su deseo, y su ansia, y su vuelo ha de encaminarse al cielo. Y si alguna vez, por su flaqueza, y necesidad, deseare algo del suelo, y hubiere de tomar algo de tierra, déjelo con el deseo luego, y vuelva á volar, sin perder de vista al cielo; y viva en el suelo con el cuerpo, y en el cielo con el alma.

27. Y así como hemos dicho del vencejo, que para comer no se pára, sino que despunta hasta la tierra, toma el grano, ó el gusano, y luego corre volando á volar, y anda comiendo, y volando; así nosotros tomemos del mundo lo menos que puede ser, y demos á Dios lo mas que pudiere ser: y nuestra ansia sea de volar por la vida espiritual sin descansar, y huir volando de comer, y de holgarse, y gozar de esta vida corruptible, y temporal con espacio: procurando abrazar aquí el penar, y dejar para la gloria el gozar; y tratar solo de ir volando á gozar las coronas del penar: y este, en mi opinion, es excelente vuelo del espíritu en las almas.

28. (*Del ímpetu de espíritu*). Del ímpetu de espíritu, diria mi rusticidad, que es una fuerza grande, que ha de hacer el alma siempre para oponerse á lo malo, y seguir constantemente lo bueno, y dar la vida por no ofender al Señor, y ofrecerse á la muerte por agradarle, y servirle: y aquel valor, perseverancia, y entereza para no volver atrás, teniendo la mano en el arado, sin volver á las espaldas la cara, ni mirar á Sodoma, y Gomorra, cuando vá huyendo de sus incendios: y sin descaecer, ni descansar en el camino del espíritu, penar, caminar, y proseguir adelante alegremente con la cruz sobre los hombros, siguiendo al Señor en cruz: y el decirse á sí mismo el varon espiritual, cuando le afligen tibiezas, ó sequedades, con el Señor en el Huerto al ir á tomar sobre sí tan intolerables penas, por mis culpas: *Surgite, camus hinc* (Joan. 14, v. 31): Ea, levantáos, potencias, facultades, y senti-

dos, vamos de aquí á penar, á padecer, á servir, y á agradar, y á hacer la voluntad de Dios: y en todo, y por todo animarse, y alentarse para no volver atrás, y caminar adelante sin parar.

Este ánimo, este esfuerzo, este aliento, este impetu con que le anima la gracia á esta nuestra flaca, y débil naturaleza, y le dice: Pelear hasta morir, y morir para gozar, ánimo, alma, porque el reino de Dios padece fuerza, y solo le ganan los valerosos: *Regnum Calorum vim patitur, et violenti rapiunt illud* (Math. 11, v. 12); este es impetu utilísimo de espíritu en el alma.

29. (De la herida del espíritu). En la herida del espíritu, dijera yo, que hay dos géneros de heridas: una del amor divino al alma: esta ya la explica divina, y sentidamente la Santa, como quien tenía, y padecía estas sabrosas heridas. Otras, las de la culpa, que son de las que yo entiendo, por mis grandísimas culpas, son cuando las culpas lastiman, y hieren al alma, y sacan sangre del alma por el pecado, y la culpa. Y no es lo peor herir al alma, ó al espíritu, sino que hieren también al Redentor de las almas: que esto es lo que hemos de llorar con lágrimas incansables las almas, que le ofendemos.

Estas heridas del espíritu pueden ser en tres maneras, y todas (¡ay de mí!) las tengo experimentadas.

30. La primera, es herida de culpa grave, y mortal: y para esta herida, no hay sino irse luego, luego llorando á la confesion sacramental, y á recibir, despues de la medicina, al médico celestial, y llorar, y llorar, y penar, y padecer sin cesar, y hacer penitencia de lo ofendido, y pecado: y este llorar ha de ser delante del Señor, á quien hirió con pecar: y pensar el pecador, que puede con su gracia, y por su sangre preciosa levantarse mas sano, desde el dolor, de lo que estaba antes de pecar, muy confiado en su amor.

Y no huya del herido, por la herida, sino busque el remedio de la herida en el herido. Porque David, si flaco cayó, penitente se levantó á mayor trato de Dios del que tenía inocente. Antes bien tanto mas ha de amar, buscar, y servir á Dios, cuanto vé lo que perdió en haber perdido á Dios. Y ha de amar con dos amores el penitente: el uno de amante, y el otro de perdonado: aquel muy puro, pero este mucho más ardiente, mas tierno, y reconocido.

31. La segunda herida del espíritu, es de las culpas veniales: y estas, si son de advertencia, ú de costumbre, entibian la caridad, y son pasos que lo divierten del amor, y de la gracia, no matan, pero lastiman: no sacan toda la sangre del alma con el golpe, pero la azotan, y dejan muy gruesos en ella los cardenales.

En este caso ha de pugar el espiritual por defenderse destas heridas, y guardar con gran valor las guarniciones de afuera, y pelear en la antemuralla, antes que llegue el enemigo, y pelee en la muralla. Y tenga presente lo que dice el Espíritu Santo: Que el que desprecia lo poco, el incurrirá en lo mucho: *Qui spernit modica, paulatim decidet*. (Eclesiástico 19, v. 1). Y ponga delante la vida, esponiéndola á la muerte por no ofender al Señor en lo grave, ni en lo leve.

32. La tercera herida de espíritu es, cuando vá descaeciando el alma en los ejercicios santos de perfeccion, y de supererogacion; y poco á

poco vá dejando lo perfecto, y se acerca á lo imperfecto, y ya no es tanta la oracion, y son menos las disciplinas, confesiones, y comuniones; y como dice el Profeta, vá mudando el buen color: *Mutatus est color optimus* (Jerem. Thren. 4, v. 4. Daniel. 2, v. 32); y habiendo comenzado la estatua por la cabeza de oro, poco despues vá ya descaeciando á la plata, y de allí puede ser que pase al bronce, y dél al hierro, y luego cae toda la estatua al suelo, por haber llegado á labrarle los piés de barro, y cieno.

Contra todo esto se opongá el espiritual, y se defienda destas heridas con la oracion, y el fervor: y animarse, y alentarse con el impetu de espíritu, y volver á sus ejercicios, doblarlos, y redoblarlos, y huir de las criaturas, y buscar al Criador, y humillarse, acusarse, y confundirse, y pedir todo su remedio á Dios.

33. Finalmente, de las segundas, y terceras heridas se quejaba el alma santa, cuando decía: Que la habian hallado en la calle los que velaban (que son los demonios, que siempre velan en nuestro daño) y que la habian maltratado: *Invenerunt me custodes, qui circumcunt Civitatem: percusserunt me, et vulneraverunt me* (Cant. 5, v. 7). Si ella se estuviera en casa, y dentro de la voluntad divina, y no saliera á la calle de su propia voluntad, y la ocasion, nunca la hubieran herido. Y así almas, huir de las ocasiones, donde se dan las heridas; porque es mejor prevenirlas, que curarlas.

Cuidemos, pues, de que no esté herida el alma con la culpa, que si esto hacemos, y con pureza busquemos constantemente al Señor; yo aseguro, que bien presto se halle herida, sino muerta, por su amor.

34. Acaba la Santa su discurso celestial, subidísimo, y altísimo en el número vigésimo segundo, diciendo: *Que esta herida del amor saca de lo íntimo del alma los afectos grandes; y cuando el Señor no la dá, no hay remedio, aunque mas se procure*. Y es cierto, que como todo aquello lo hace Dios en el alma, solo padece lo que hace Dios; y esto es lo que decía san Dionisio: *Pati divina* (S. Dionysius.), como hemos dicho otra vez: mas es recibir lo que hace, que no obrar.

35. Pero yo tambien en mi pastoril, pastoral, y rústico modo de discurrir añado á mi natural, y moral esplicacion con la Santa, que todo lo que he dicho, sino lo hace Dios solo en el alma, anda del todo perdida: esto es, que nada dello, siendo bueno, puede hacer la naturaleza sin la gracia; y que despues de haber sudado, y trabajado la naturaleza, todo lo debe á la gracia, pues es quien dá fuerzas á nuestra naturaleza.

Y así, que el alma esté siempre muy asida de Dios, y con Dios, y por Dios, y en Dios por medio de la oracion, y siempre dependiente de su gracia, para que la tenga de su santa mano Dios; porque infalible verdad es, que no podemos servir á Dios sin Dios: *Nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto* (1. Cor. 12, v. 3).

36. Y finalmente, para las almas á quien Dios llevare por el camino que llevó á la Santa, que es tan subido, superior, y soberano, yo les diera un consejo; pero á los que Dios llevare por el camino de esta mi rústica esplicacion, les diera tres.

Para los que padecen todo lo que padeció la Santa, arrobos, éxtasis, raptos, vuelos de espíritu, revelaciones, y lo demás, sea el consejo:

Hacer lo que hizo la Santa, humillarse cada día mas, y mas. Viene un arrobo, humillarse: viene un raptó, humillarse: viene una herida de espíritu, humillarse: viene un vuelo del espíritu, humillarse, que si ella anda en humildad, confie en Dios, que andará en seguridad.

37. Para los arrobados de mi esplicacion, que no tienen esas soberanías, ni alturas, y no son menos seguros, y puede ser que sean tan meritorios, yo les diera por consejo los tres, que escribió santa Teresa en la carta vigésima tercera, núm. 6, al padre Gracian, que son: *oracion, obras, y buena conciencia.*

Oracion, porque por allí nos viene todo lo bueno, y perfecto. Ande humilde, resignada, instante, y perseverante en la oracion, que de ella saldrá á obrar, penar, y servir, teniendo presente á Dios; y con eso, ni ella dejará de amar á Dios, ni Dios á ella.

Las obras se crian en la oracion, y se enderezan á tres fines. El primero, á la limpieza del alma, y apartarse de lo malo. El segundo, á ejercitarse en lo bueno. El tercero, á promover, y procurar lo mejor: que es lo que dijo el Profeta: *Diverte á malo, et fac bonum: inquire pacem, et persequere eam* (Sal. 33, v. 45). Apártate de lo malo, y haz lo bueno: busca la paz, y reposa en ella; porque la paz del alma en Dios, es de lo bueno lo mejor.

38. Para lo primero, que es apartarse de lo malo, es la penitencia, y la mortificacion: y esta es la via purgativa. Y si esta deja, presto dejará todo lo bueno, y no pasará adelante, ó se volverá á lo malo.

Para lo segundo, que es buscar lo bueno, (que es la via iluminativa) conviene ejercitarse incesantemente en las virtudes, y meditaciones de la Pasion del Señor: y si destas, y aquellas huye, falsa es su oracion, vana, y sin fruto su mortificacion.

Para lo tercero, que es la paz del alma (y es la via unitiva) conviene el actuarse en la presencia de Dios, y hacer actos heroicos de caridad, y de amor: y en todo obrar con amor, y por amor, con Dios, en Dios, y por Dios.

39. Quanto á la buena conciencia (que es el tercer remedio, y nace de los dos primeros, oracion, y obras) se tengan tres atenciones. La primera, de limpiarla de culpas graves. Para esto huir de las ocasiones, y frecuentar los Sacramentos, orar, y vivir en la divina presencia.

La segunda, evitar las culpas leves: y destas, como hemos dicho, el remedio es huir dellas, como si fueran muy graves; pues aunque no lo son en lo malo, en siendo apartarse de la voluntad de Dios, nada ha de tener por leve á su amor, el que es buen espiritual.

La tercera, procurar que no haya asimientos, ni deseos en su alma: y para esto, poner solo en Dios su amor, y negarlo á todo lo criado, y que todo el corazon se lo ocupe el Criador. De suerte, que ha de procurar, no solo que esté limpia de lo malo, sino llena de lo bueno, y que no nazca apenas la propiedad, ni el asimiento á cosa criada, ni otra mala yerba alguna, que no procure desarraigarla al nacer.

40. Esto lo conseguirá pidiéndolo á Dios, y con la propia observacion, y con recibir al Señor frecuentemente con grandísimo fervor, comulgando á aquel intento, y volando, como el animal de Ezequiel, lleno de ojos por afuera, y por adentro, guardando que no entre adentro cosa

imperfecta de afuera: cuidando que por afuera no se haga cosa, que no corresponda al amor, que arde allá dentro.

41. Desta suerte, viviendo el alma atenta, vigilante, diligente, y humillada, espere el espiritual lo que quisiere hacer Dios, en todo, y por todo, de su alma.

Y esta es doctrina repetida infinitas veces de la Santa: la cual en todos sus favores, sus peligros, sus trabajos, sus alturas, ya tribulada, ya honrada, y favorecida, en todo, y con todo se humillaba, y se dejaba llevar por donde Dios la llevaba: como quien tenia presente lo que dice san Agustin: Que es la humildad la medicina de todos los males, la fiadora de todos los riesgos, la curacion de todas las heridas, el remedio de todos los daños; y quien la tiene, vive seguro; y á quien le falta, camina perdido: *O humilitatem* (dice el santo) *medicinam omnibus consulentem, omnia tumentia comprimentem, omnia superflua resercentem, omnia depravata corrigentem* (D. Aug. Ep. 58).

Finalmente, como dice san Gregorio: Todo lo bueno, santo, perfecto, y soberano se pierde, si la humildad no lo guarda, y defiende: *Perit omne quod agit, si non humilitate custoditur* (D. Greg. lib. 8, Moral).

CARTA XIX.

Al mismo padre Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesus.

JESUS.

1. Esta monja há cuarenta años, que tomó el hábito, y desde el primero comenzó á pensar en la Pasion de Cristo nuestro Señor por los misterios algunos ratos del día, y en sus pecados, sin nunca pensar en cosa que fuese sobrenatural, sino en las criaturas, ó cosas de que sacaba, cuan presto se acaba todo; en mirar por las criaturas, la grandeza de Dios, y el amor que nos tiene.

2. Este le hacia mucha mas gana de servirle; que por el temor nunca fué, ni le hacia al caso. Siempre con gran deseo de que fuese alabado, y su Iglesia aumentada. Por esto era cuanto rezaba, sin hacer nada por sí; que le parecia, que iba poco en que padeciese, aunque fuese en muy poquito.

3. En esto pasó como veinte y dos años en grandes sequedades, y jamás le pasó por pensamiento desear mas; porque se tenia por tal, que aun pensar en Dios le parecia no merecia, sino que le hacia su Majestad mucha merced en dejarla estar delante del rezando, leyendo tambien en buenos libros.

4. Habrá como diez y ocho años, cuando se comenzó á tratar del primero monasterio que fundó de Descalzas, que fué en Avila, tres años, ó dos antes (creo que son tres) que comenzó á parecerle, que le hablaban